

«SEÑOR:

«Uno de los piratas que han cometido tan espantosos crímenes en las islas y costas del Nuevo Mundo, está en México. Este hombre era uno de los principales y mas infames; vive en la casa de Don Diego de Alvarez: si V. E. quiere apoderarse de él para darle el condigno castigo, puede V. E. enviar á la justicia á esa casa y encontrarán al hombre.»

El virey leyó varias veces esta carta, y envió inmediatamente á buscar á Don Diego.

En el momento en que el Indiano salia para ir á visitar á Don Justo, llegó el recado del virey, y el Indiano, sin perder un momento, se encaminó á Palacio.

—Mal va vuestro negocio—dijo el virey.

—¿Por qué lo dice V. E.?—preguntó el Indiano.

—Leed—contestó el virey, entregándole el anónimo.

Don Diego leyó tambien varias veces aquel papel.

—Y bien, Don Diego, ¿qué os parece?—preguntó el virey.

—No alcanzo á comprender quién será el autor de esta denuncia.

—La letra parece de mujer.

—En efecto, señor; pero no me ocurre quién pueda ser ella.

—¿No me habíais dicho que una dama estaba en México que conocia este secreto?

—Sí, señor; pero esa dama ignora la presencia en esta ciudad de Don Enrique.

—¿Sabeis de otra mujer que lo sepa?

—¡Ah!—exclamó Don Diego, pensando en Paulita—ya me sospecho quién puede ser.

XII.

Proyecto de alianza.

PAULITA refirió á Don Diego cuanto sabia, esto es, que el Jején debia asesinar á Don Enrique, y que á instancias de ella le habia salvado; que Don Justo le creia muerto, porque así se lo habia hecho creer el Jején, y que ese Don Justo vivia é iba precisamente á casarse con una jóven que estaba recién llegada á la Nueva España.

El Indiano comenzó á ver en esto algo de la verdad; pero no comprendia aún la verdadera causa de la persecucion de Don Justo contra Don Enrique; y así es que determinó ir en persona al siguiente dia á hablar con Don Justo, valiéndose de algun arbitrio para aclarar la verdad.

Doña Ana escuchó hasta el fin aquella conversacion, y luego, cuando conoció que Don Diego se retiraba, se deslizó en la oscuridad, y volvió á su casa con el corazon combatido por la ira, la envidia y los celos.

A la mañana siguiente, el virey recibió una carta anónima, concebida en estos términos:

—¿Y quién?

—Una muchacha llamada Paulita, mujer de un llamado Jején, que fué el que batió á los soldados de S. E. la noche que desapareció Don Enrique.

—¿Cómo es eso?

—Sí, señor; es el principio de esa triste historia de Don Enrique, que aun no acabo de comprender, pero de la que tengo grandes noticias.

—¿Quereis referírmela?

—Aunque habia yo pensado callar á V. E. la parte que podía perjudicar al marido de Paulita, la accion que esta ha cometido denunciando á su protector, me liberta de mi compromiso de conciencia, y lo referiré todo, sin ocultar ni una palabra á V. E.

—Ya os escucho.

Don Diego tomó asiento al lado del virey, y le refirió cuanto habia escuchado la anterior noche de la boca de la jóven.

—¿Sabeis que es un malvado ese Don Justo?—dijo el virey cuando hubo acabado de escuchar aquella relacion.

—Sí, señor; ahora lo único que me resta, es saber el objeto que ese hombre llevaba al atacar así á Don Enrique de una manera tan encarnizada.

—¿Y cómo creeis saberlo?

—Hablando al mismo Don Justo.

—Nada os dirá.

—Es claro, señor, si le pregunto directamente; pero lo haré de manera que él no lo comprenda, y aseguro á V. E. que todo se sabrá.

—¿Y respecto de la persona que puso el anónimo?

—Prometo tambien averiguarlo, si V. E. me permite llevar ese.

—No hay inconveniente.

—Y será necesario, supuesto que ya se sabe todo, que V. E., usando de las facultades que tiene por nuestro soberano (Q. D. G.), dé un indulto pleno á Don Enrique, llegado que sea el momento.

—Estoy conforme.

—Entonces, con permiso de V. E.—dijo el Indiano guardándose el anónimo en el pecho—voy á continuar en mis investigaciones.

—Dios os guie.

El Indiano salió de Palacio, y vaciló entre ir directamente á visitar á Don Justo ó pasar por la casa de Paulita, cuya conducta le tenia horriblemente indignado.

Se decidió por este último extremo, y atravesando la plaza de las Escuelas ó de los Estudiantes, se internó en el callejon en que vivia el Jején.

La puerta de la casa estaba abierta, y Paulita, con un zagalejo encarnado, sin cotilla ni armador, con solo su camisa blanca como una nieve, y los hombros y el cuello descubiertos, se entregaba á sus tareas caseras cantando alegremente como un gorrion á la madrugada.

—Buenos dias, señor—dijo Paulita al ver al Indiano, y dirigiéndose á su encuentro.

—Buenos dias—contestó con sequedad Don Diego.

—¿Se ha adelantado algo en favor de Don Enrique?—continuó Paulita sin advertir la seriedad de Don Diego.

—Mas de lo que vos podeis suponer.

—¡Oh! qué gusto!

—Señora, ¿sabeis escribir?

—Un poco; ¿por qué quereis saberlo?

—Ya os lo diré: ¿me deciais anoche que le debiais á Don Enrique grandes favores?

—Sí, señor, de esos que jamás se olvidan.

—¿Y qué diríais de una persona que quisiera perder para siempre á su benefactor, y llevarle quizá hasta la horca?

—Diria yo que esa persona era ¡infame!

—Entonces, ¿cómo os habeis atrevido á escribir esta carta denunciando al virey la llegada de vuestro protector?

—¡Esta carta! ¡esta carta!—exclamó Paulita espantada y tomando el anónimo que le presentaba Don Diego—¡esta carta! ¡si yo no he escrito esto!

—Leed y contestadme; ¿es verdad que sois infame?

Paulita leyó con asombro aquel papel; una idea siniestra cruzó por su mente, que fué para ella mas que una sorpresa: Don Enrique, el hombre á quien ella amaba, habia sido pirata, y aquel pirata debia ser sin duda el amante misterioso de Julia.

—Contestad—decia el Indiano, furioso, tomando la alteracion que notaba en el rostro de la jóven, por una confesion de su delito;—confesad.

—¡Dios mio!—exclamaba Paulita sin atender al Indiano, él debe ser! él debe ser! ¡Dios mio! hasta hoy no sé lo que son celos.

—¿Qué estais diciendo? ¿de qué celos hablais?

—¿Y á vos, qué os importan mis secretos?—contestó furiosa la jóven;—¿por qué pretendéis saberlos?

—¿Por qué? porque esta carta ha perdido á Don Enrique, porque quizá le cueste la vida.

—¡La vida!—exclamó Paulita como fuera de sí—¡la vida! ¡pues que muera antes que ser de otra, porque no podria yo sufrir que fuera de otra, y yo misma le mataria!

—¡Desgraciada! ¿qué dices?

—¡Dejadme! ¡dejadme! no me habeis! no quiero hablar con vos!

Y Paulita, sin poder ya contenerse, tomó un manton y se lanzó á la calle.

Don Diego salió tambien y se encaminó á la casa de Don Justo.

En aquella casa el Indiano encontró un gran movimiento; pintores, albañiles, tapiceros, todos en actividad, y todos con ahinco trabajando por toda la casa.

—Los preparativos de la boda—pensó Don Diego, y se dirigió á uno de los lacayos.

—¿El señor Don Justo?

—En su aposento.

—Anunciadle á Don Diego de Alvarez.

El lacayo entró, y volvió á salir diciendo al Indiano:

—Que pase su señoría.

Don Justo recibió con muchas ceremonias á Don Diego.

—Ya esperaba yo vuestra visita.

—¿La esperábais?

—Sí tal; anoche recibí vuestra carta, y aunque era anónima, al oiros anunciar en mi casa, conocí que era vuestra. Miradla, aquí está.

Don Justo alargó al Indiano una carta.

El primer movimiento de Don Diego fué rechazar aquella carta protestando que no era suya; pero como un relámpago, le hirió la idea de que aquel anónimo podia tener relacion con el que habia recibido el virey; y en efecto, no hizo mas que fijarle la vista, y comprendió que la letra era de la misma mano. El anónimo decia:

«SEÑOR DON JUSTO:

«Una persona de quien tal vez os habeis olvidado, pero á quien tratábais últimamente con motivo de un negocio de Don Enrique Ruiz de Mendilueta, os suplica la espereis

mañana antes del medio día, en vuestra casa, para tratar de una alianza que desea formar con vos en este negocio, y que os puede convenir.»

—Ya veis como yo no necesito mucho para comprender—dijo Don Justo cuando el Indiano concluyó su lectura.

—En efecto—contestó el Indiano distraído.

—Pues hablemos, porque yo no puedo perder ya mucho tiempo; mañana es el día fijado para mi boda, y ya veis.....

—Yo venia.....—dijo Don Diego, no sabiendo por dónde comenzar.

—Bien—continuó con fatuidad Don Justo—veniais á buscar mi alianza como yo busqué la vuestra; pero, amigo y señor, los tiempos han cambiado; entonces vivia Don Enrique, heredero del conde, y yo os necesitaba para deshacerme de él; hoy Don Enrique no existe, mañana vence el plazo señalado por el difunto conde para que el hijo de mi hermana, de quien soy tutor, entre en el goce de títulos y bienes del condado de Torre-Leal, por falta del hijo primogénito: ya podeis suponer que ahora no quiero hacer alianza con nadie porque para nada la necesito, y tanto mas, cuanto que recuerdo que vos me habeis arrojado de vuestra casa; conquese así.....

El Indiano se iba á lanzar sobre Don Justo al oír esta confesion y este insulto; pero un lacayo se presentó en este momento, y dijo á Don Justo en voz alta:

—Señor, la persona que puso á usía un anónimo anoche, desea ver á usía.

—¿Pues no fuisteis vos?—preguntó admirado Don Justo.

—No os he dicho yo tal cosa, ni yo venia á eso.

—Entonces, perdonadme; pero me equivoqué. ¿Quién es esa persona?

—Una mujer.

—Paulita—pensó Don Diego.

—Dile que no puedo recibir, que estoy ocupado.

—Me retiro—dijo precipitadamente el Indiano, deseando salir antes de que aquella persona se ausentase.

—¿Por qué?—preguntó Don Justo.

—Ya lo comprendereis.

Y tomando su sombrero salió sin detenerse.

En el momento de salir, percibió al lacayo que hablaba con la mujer que se habia hecho anunciar.

Don Diego conoció en el momento que no era Paulita; su aire, su trage, todo era diferente. La mujer aquella, venia enteramente cubierta con un velo negro y espeso; salió de la casa mostrando gran disgusto, y Don Diego se puso á seguirla.

Por el rumbo que llevaba, el Indiano comenzó á sospechar; pero cuando llegaron á la calle de Jesus María y la mujer llamó á la puerta de la casa de Doña Ana, el Indiano no tuvo ya duda ninguna.

La puerta se abrió, la mujer penetró á la casa, y antes que hubieran vuelto á cerrar, Don Diego estaba tambien adentro.

Al ruido que hizo él al entrar, la dama, que se habia levantado el velo, volvió el rostro y lanzó una exclamacion.

El Indiano se precipitó sobre ella como un tigre, y la tomó de una mano.

—Mirad—dijo, mostrándole el anónimo que habia recibido el virey.

—¡Jesus!—exclamó Doña Ana, volviendo el rostro para no mirarle.

—¡Doña Ana!—exclamó el Indiano—¡sois una infame! habeis denunciado á Don Enrique con el virey; habeis pretendido formar alianza con Don Justo para perder á Don Enrique: sois una víbora venenosa, y os desprecio! Jamás digais que me habeis conocido! os detesto!

Y arrojando lejos de sí á Doña Ana, salió precipitadamente de la casa.

XIII.

La vispera de la boda.

JULITA salió de su casa como una loca; jamás habia sabido lo que eran los celos: ella se conformaba con que Don Enrique no la amara; pero pensar que él amara á otra, esto era para ella un tormento espantoso.

Además, sabia que Julia amaba con delirio á ese pirata que ella en su instinto de mujer personificaba en Don Enrique; y la idea de que otra mujer estuviese apasionada de él, era el último golpe á su corazón.

Su primera intencion, al salir de su casa, fué dirigirse á la de Julia, hablarla, y descubrir si en efecto aquel pirata era el mismo Don Enrique.

Con este pensamiento comenzó á subir la escalera; pero repentinamente le ocurrió una idea.

Si Julia llegaba á saber que Don Enrique estaba en México, se negaria resueltamente á casarse, y entonces era mas fácil que se uniera con su amante: una vez casada Ju-